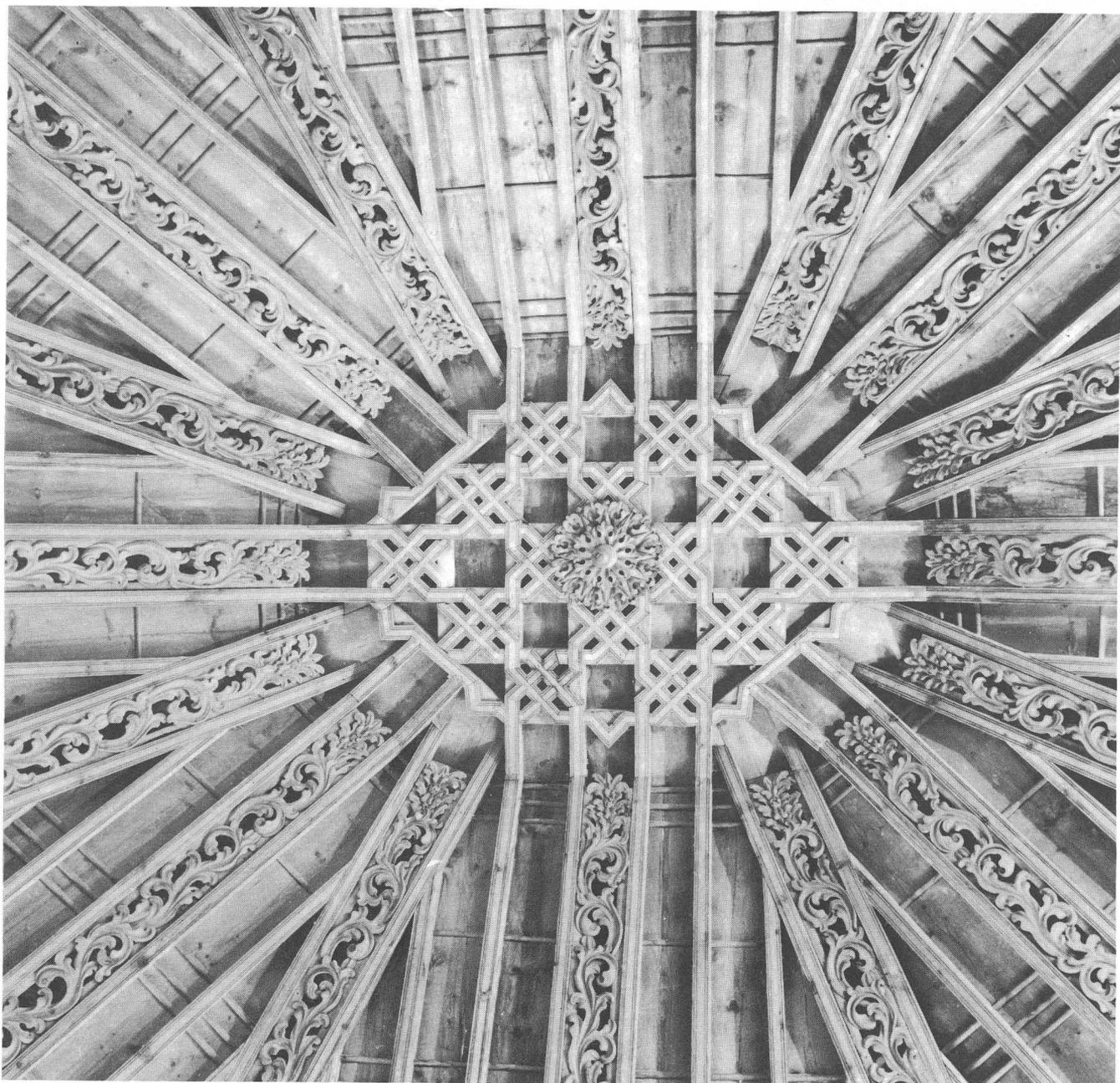


ARQUEOLOGIA INDUSTRIAL (II)

ARQUEOLOGIA INDUSTRIAL (II)



El primer artefacto «moderno» que se introduce en el Archipiélago, y en torno al cual se va a generar la «nueva sociedad canaria» (sobre esa base *tri-genealógica*: aborigen más castellana más europea), es *la máquina del ingenio azucarero*. Su implantación en las tres islas principales, de realengo por su condición jurídica, está ligada al nacimiento del paleo-capitalismo insular y a la configuración de una proto-burguesía mercantil, emparentada con la nobleza de sangre conquistadora.

Junto al ingenio, carpinteros y albañiles (en su mayoría portugueses) con lo que al lado de herreros, maestros de azúcar, cañaveros y almocabres o

arrieros van articulando una nueva sociedad laboral y sus gremios. Las tierras y las aguas, después de los repartimientos, son transformadas por obra de un nuevo instrumental, con los aperos de labranza y van a ser los mismos que, a lo largo de cinco siglos, seguirán prestando un servicio insustituible al campesino canario: azadas, picaretas, azadones, picos, barras, rejas de arado, palas, rozaderas etc. los primeros artefactos de metal conocidos en la isla de modo masivo. (Queda por determinar la influencia de la «misión mallorquina» en el XIV, y la probable introducción de herramientas de hierro, traspasadas a los aborígenes). Junto a los metales, toda una tecnología e instrumentaliza-

ción realizada a base de artefactos de madera. La madera —y ya lo era en la sociedad aborigen— sigue estando presente en el ajuar campesino de las islas. Es la materia prima más utilizada, hasta bien entrado el siglo XX. Los propios ingenios y su demanda de madera y leña, para combustión de sus calderas, para la fabricación de sus cajas de embalaje de los «panes de azúcar», para los artesanados de las iglesias, para las cubiertas, puertas, ventanas de las fábricas, para las carretas, para los primeros astilleros y toda la construcción naval isleña: una industria de raigambre popular, conectada con sus antecedentes de la Baja Andalucía (Huelva y Cádiz) o incluso con los «maestros de ribera» de

origen portugués. Sin la madera es imposible entender los distintos ensayos económicos que las islas intentan llevar adelante (ciclos azucareros, vinivíticola etc.). Esta materia prima lignica fue también muy apreciada entre los aborígenes grancanarios. Baste recordar que el Palacio de los Guanartemes estaba «enferrado» de madera con tal primor que parecía una sola pieza. (Estas maderas son aprovechadas para la construcción de los «bancos de hidalgos» en la primitiva Iglesia de Santiago de los Caballeros, y en el XVIII para las puertas del templo neoclásico. Un ejemplo de «transculturación», vía cultura material—arqueología industrial, y donde lo aborígen empalma con lo castellano sin solución de continuidad).

Dentro de los aperos de labranza el registro es bastante extenso y, en su mayor parte, ha perdurado en los ambientes rurales: rucas, trillos, horquetas, bielgos, rastrillos, yugos, angarillas, parihuelas corzas etc. son muy ilustrativos junto a otros incorporados al ajuar doméstico como toneles, platos, cucharas, bandejas etc. (Muchos de estos útiles se han conservado en muy buen estado y siguen vigentes en algunas islas, como la Gomera hasta no hace muchos años. En este sentido, es de suma importancia la Colección de Virgilio Brito, en Hermigua, donde nos podemos hacer una idea de la funcionalidad y perduración de este instrumental de madera). La diversidad y las grandes posibilidades de la madera, su ductilidad y magníficas propiedades, permiten obtener de ella la casi totalidad de los objetos que una comunidad necesita para llevar adelante sus acciones cotidianas: peines, mazos, medidas para granos (los célebres «almudes» y «cuartillos»), las «gabetas», los «taños», o recipientes troncocónicos, para almacenar mercancías, son una prueba de cuanto llevamos dicho. Si a ello sumamos que los telares, las rucas, las lanzaderas, las presas de los lagares y otros tantos y tantos artilugios de la pleotécnica están fabricados en madera, no hará falta recalcar su importancia.

Esta preponderancia y persistencia de la madera atraviesa todos los ciclos agrícolas que se inician con el azucarero. Los lagares (como los bellos ejemplares de Valle de Santiago o de Valle Guerra en Tenerife) constituyen otros ejemplos capitales de esta utilidad y funcionalidad específica. Los grabados de Willians dan cuenta de éstos en sus detalladas vistas y paisajes, aún utilizados en el XIX. En la panorámica de Icod de los Vinos se documenta la existencia de un lagar a la entrada del pueblo, con una tipología que es, en lo fundamental, la misma del XVII.

Pero la expresión más acabada del dominio de la madera, y su inserción en las manifestaciones artísticas insulares,

la constituyen los ricos artesonados y retablos de nuestras iglesias: los artesonados de San Salvador, en Santa Cruz de La Palma o el de San Francisco en Tegui. Auténticas obras de arte.

Lo indígena, es decir, lo aborígen insular, a pesar de ser tecnológicamente débil, no desaparece del todo. En la cestería y, principalmente, en la cerámica de transición», o hasta donde lo aborígen con lo popular del XVI supone una simbiosis tipológica con aportación de nuevas técnicas como la del *horno de bóveda*. Los centros alfareos, que prácticamente conectan con los talleres aborígenes, pueden aún documentarse en La Atalaya (Santa Brígida), o en la Degollada de Pineda, en Gáldar, en el área de influencia de la «Cueva Pintada».

El problema de los molinos circulares conocidos por los aborígenes y su supervivencia posterior, durante los cuatro siglos que van desde el XVI al XX, constituye un ejemplo de estas «transculturaciones», donde también pueden darse fenómenos de convergencia o coincidencia en artefactos iguales producidos por comunidades distintas. Es otro campo que aún no se ha investigado en profundidad. En el Museo de Hermigua se conserva un «molino de caja», donde la pieza circular de piedra está en su mortaja de madera. Muchas de las muelas circulares que se conservan en los museos canarios con seguridad no sean, estrictamente, aborígenes sino que procedan de estos molinos que se siguen utilizando hasta el XIX. Los molinos están de forma consustancial incorporados a la maquinaria doméstica en función de la obtención del gofio, alimento básico en la dieta insular y que ha perdurado (otra muestra inequívoca de que lo aborígen no ha muerto) hasta la actualidad.

En el capítulo de los molinos y por su carácter de «máquina», los molinos

de viento, en particular en la isla de Fuerteventura no sólo suponen la adjectivación de su paisaje sino otro de los testimonios paleotécnicos más significativos del Archipiélago. *Junto a las fortificaciones, los molinos deben ser atendidos con prioridad a partir de una decidida y permanente política conservacionista y de salvaguardia de los bienes materiales del patrimonio insular.* Las torretas troncocónicas, a piedra y cal, con escalera adosada, sinusoidal, en el exterior, o en el interior, su cubierta piramidal, de madera, sus cuatro aspas, sus alas contienen unos valores arquitectónicos elementales y suficientes, plenos de funcionalidad y donde la belleza literaria de estos quijotescos artilugios forman parte de un legado, de la manera de construir canaria, que merecen toda la atención. A estos molinos de viento hay que añadir los molinos hidráulicos y las norias. Los ya integrados molinos californianos que forman parte del paisaje de la misma Fuerteventura o del Valle de la Aldea en Gran Canaria, con sus estructuras metálicas, torre y rueda, es uno de los artefactos más característicos de la *neotécnica*, un ejemplo sobresaliente de objeto propio de la «arqueología industrial». En cuanto a las norias, ya raras en las islas, en una ilustración de Verneau (1890) en su «Cinco años de estancia en las Islas Canarias» (Fig.15), se documentan tres pozos, con norias, tiradas por camellos, en el valle de La Antigua, Fuerteventura. Un museo de la técnica no puede obviar este artefacto que, junto con la rueda del ingenio azucarero, configuran el tratamiento y aprovechamiento de un bien tan escaso como lo ha sido el agua en Canarias.

La introducción de la rueda y su importancia van ligadas al mundo de los transportes y a una aceleración de la vida insular, o, al menos, a un aligeramiento de las cargas y del movimiento.





de materiales. Con todo lo que pueda contener de zumbón, hay que hacer «elogio al burro». En efecto, este aparentemente débil animal, como en el Norte de África y en la mayor parte del Mediterráneo ha llevado sobre sus espaldas, y nunca mejor dicho, el peso de la historia. Su introducción en las islas, posiblemente desde Andalucía, Madeira y Portugal está ligada a las primeras décadas post-conquista. Más que el caballo y que el mulo, y en algunas islas compartiendo con el camello (Fuerteventura, Lanzarote), el burro se ha adaptado al paisaje canario y fue hasta bien entrado el siglo XX, en particular en el área rural y agrícola, el que soportó, muchas veces, cargas desproporcionadas en una orografía empinada y llena de vericuetos como la insular. En Grau-Bassas («Usos y costumbres... 1885—1888»), con referencia al burro leemos: «El burro es uno de los animales más útiles en Canarias, en donde la pobreza de los labradores impide adquirir bestias de carga costosas y en donde hay más veredas que caminos, por las cuales no pueden transitar bestias de cierta talla y peso. El burro de nuestras islas es de una especialidad en fuerza y viveza, a pesar de su corta talla (1 metro). A pesar de su procedencia, probablemente africana, difiere mucho de los burros argelinos: su cabeza es pequeña y su fisonomía dulce y poco expresiva».

Al burro hay que añadir otros animales de tiro como los mulos, los mismos caballos y los bueyes, estos últimos en el medio agrícola y excepcionalmente uncidos a las carretas para transporte de productos.

El capítulo de la tecnología doméstica ligada a las actividades textiles, a partir del tratamiento de la lana, el lino y la pita, tiene su correlación material en dos artefactos que han llegado hasta el presente: el telar y la hiladora. De los primeros convendría hacer un registro de cada una de las piezas que se conservan en el Archipiélago, destacando por su arcaísmo el modelo herreño, tal como se conserva en el Museo Etnográfico de Valverde (Colección Juan Padrón), con un conjunto de accesorios de madera, como las lanzaderas y otras piezas del telar propias del tratamiento de la lana. (Colección Fernández Quintero. Valverde). Para el hilado del lino las llamadas «hiladoras», rudimentarios artefactos de madera, con rueda radiada de hierro, como el ejemplar que se conserva en la Hoya del Molino, en Mazo, La Palma. Las llamadas «gramas», o peines para tratar el lino y otra serie de útiles que conforman un surtido de objetos menores relacionados con actividades económicas complementarias (como los bordados o los calados), de la vida doméstica insular, también entran en este capítulo.

Por su carácter excepcional hay que citar la máquina epicilíndrica, toda una expresión del espíritu dieciochesco, inventada por el ingeniero tinerfeño don Agustín de Bethencourt y Molina, en 1778. Se trata de una máquina hilandera para la seda dada a conocer por el Prof. Régulo en su estudio sobre «La Laguna y la sericultura canaria». Este mundo dieciochesco que incide con particular animación en las tertulias laguneras de los Navas está expresado con la introducción de los relojes de mesa, todo un lujo y un emblema del racionalismo, con los clavicordios (Palacio de Nava), y, en particular, con la revolución que supuso la introducción, por cierto tardía, de la imprenta en Ca-

narias. El ejemplar de la primera imprenta de Gran Canaria, que perteneció a la Real Sociedad Económica y que sirvió a don Francisco Marina, o las prensas del XIX conservadas en La Cosmológica, están indicando la precariedad del medio pero su decisiva influencia en la cristalización material de los medios impresos de comunicación social, reservados en el Archipiélago a una élite. La Imprenta es la industria de los intelectuales y del liberalismo del XIX.

CELSO MARTIN DE GUZMAN



Nueva entrega poética de
Inma Martín Hernández

POR LOS DELGADOS CAMINOS DE LA SANGRE

En anterior ocasión, las páginas de AGUAYRO dieron cabida a la noticia de la aparición y al breve comentario a un primer librito de poemas de Inma Martín. Ya allí hablábamos del intimismo que irradian sus versos, que parecen contradecir su tenaz decisión de comunicarlos por la vía impresa (con las innumerables dificultades que ello entraña) y de lo que suponía de promesa y esperanza en el joven quehacer poético isleño.

Hoy incidimos nuevamente en Inma Martín; tras la excelente acogida de crítica en prensa y radio que ha tenido su nuevo libro "Por los delgados caminos de la sangre", poco podemos añadir. Sólo reiterarnos con mayor profundidad en lo que manifestamos oportunamente y constatar gozosamente cómo la madurez versificadora de la autora ha ido creciendo desde aquellos primeros poemas que leímos. Su espontaneidad es fresca y lozana, brota sin violencias, mansamente, haciendo de su lectura un auténtico gozo espiritual en el que saboreamos los sentimientos de la autora; sentimientos sin carga peyorativa, pero no por ello menos sinceros:

*Entre la espuma y el color ocre
me veo envuelta, sin más.
No busco ningún objetivo,
simplemente dejo
que surjan nuevas vivencias
que saboreo lentamente
sin llegar a embriagarme.*

De esta forma nos habla de la dulzura:

*Casi me pierdo
en la espesura deliciosa del bosque
Con inmensos abedules
que desprenden aromas
embriagantes.*

O de la amargura de la mentira:

*Sin motivo: la mentira recorrió
su garganta dejando un sabor
amargo.*

O el desprecio:

*... y os desprecio,
por tantas falsas palabras,
por tantas sonrisas fingidas,
por aparentar lo que no sois
y ocultaros realmente ante el día.*

Esta obra nos deja un grato sabor y deseo de más páginas; páginas que esperamos leer en un plazo breve.

Crédito Directo

**Si necesita hasta
Un Millón de pesetas para
algo necesario, La Caja
le ofrece Crédito Directo.**



Un interés realmente bajo para un crédito verdaderamente interesante.

A su entera comodidad.

Como mejor le convenga: 14% si usted amortiza el crédito en un año, 15% si usted amortiza en dos años, 16% si usted decide amortizarlo en tres años.



En la Caja Insular de Ahorros su firma tiene Crédito Directo.

Para solicitarlo sólo tiene que acreditar sus ingresos.

Así de sencillo.

Sin más complicaciones.



Si usted tiene urgencia en conseguir el crédito, nosotros nos damos prisa en conceder-selo.

Reducimos el papeleo al máximo.

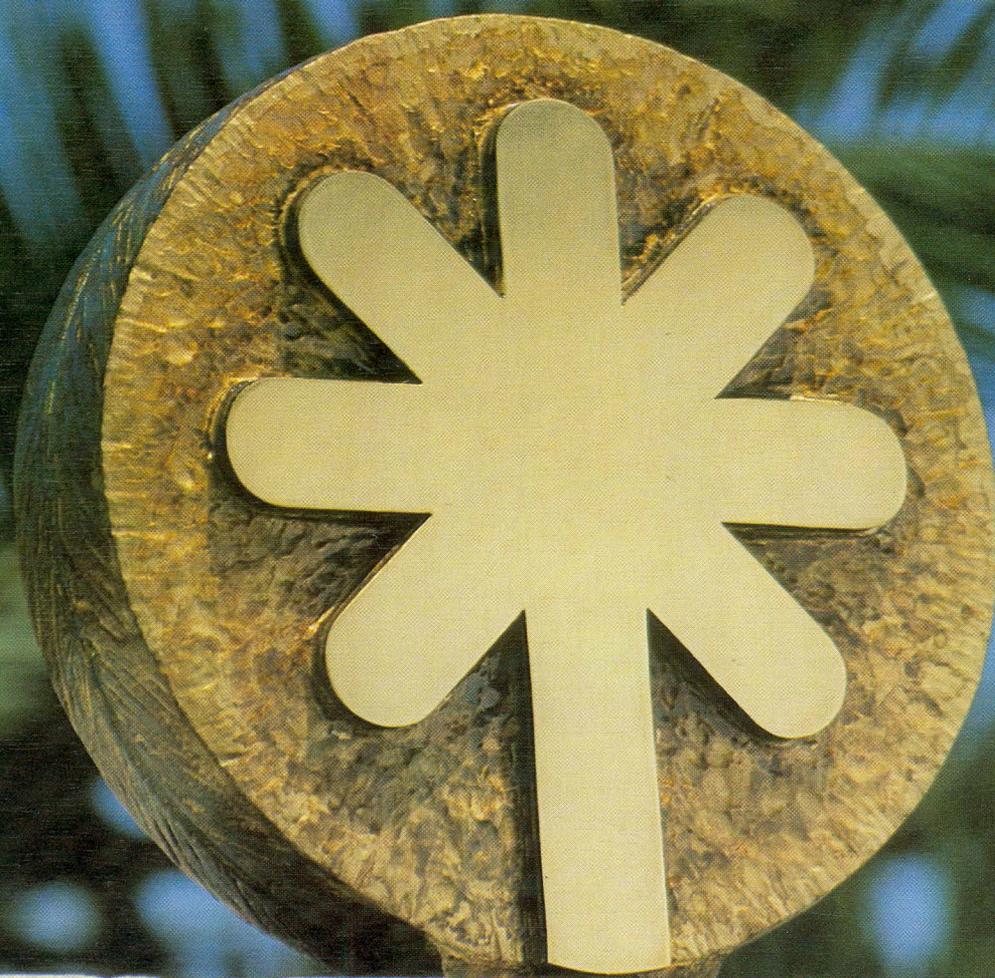
En sólo 72 horas usted tendrá el Crédito concedido. Directamente.



CAJA INSULAR DE AHORROS

GRAN CANARIA · LANZAROTE · FUERTEVENTURA

"La Caja"



**CAJA INSULAR
DE AHORROS**

GRAN CANARIA · LANZAROTE · FUERTEVENTURA